



Universidad  
Nacional  
de Rosario

**UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO**

**FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

***Felices, pero no tanto: los imperativos superyoicos actuales***

**TRABAJO INTEGRADOR FINAL**

Modalidad: Investigación bibliográfica

Autora: Tossi Georgina

Legajo: T-5277/9

DNI: 40556330

Gmail: [geortossi@gmail.com](mailto:geortossi@gmail.com)

Graduado Responsable: Ignacio Vaccaro

**2024**

*"Caminante, no hay camino, se hace camino al andar"*

*(Antonio Machado)*

## Agradecimientos

A mí familia, que sin entender mucho como funcionaba la facultad, lo que significa estudiar una carrera Universitaria o por el simple hecho de no entender que, si te iba bien en los parciales, después tenías que rendir igual el final; me acompañaron todos estos años, con gran sacrificio y amor. Sus palabras de aliento, sin juzgarme, fueron gran incentivo para llegar hasta acá. Me dieron libertad y confianza para transitar esta hermosa carrera a mi manera.

Cuando entre a la Facultad, en aquel primer año, nos aconsejaron que no transitemos por estas aulas y pasillos sin hacernos de amigos, ya que iba a ser aún más duro el camino. No dudo sobre la certeza de ese consejo. Saben lo importante que es para mí la amistad. Un significativo primordial. Por eso, gracias, amigos y amigas. Las que me acompañan desde la escuela, los de la facultad, y los que conocí gracias a esta hermosa ciudad. Porque venir a estudiar no fue solo empezar una carrera Universitaria, sino también, adaptarme a una ciudad, vivir fuera de casa, y podría enumerar miles de cuestiones más. Pero tuve la suerte de cruzarme con gente hermosa que logro que Rosario fuera mi nuevo hogar. Gracias a cada uno.

Por ultimo y para no extenderme más, gracias a las tres personas que me acompañaron durante este proceso de escritura. Mis profesores. Durante toda la carrera nos topamos con un montón de profesionales; algunos nos marcan más, otros un poco menos, pero ellos tres me acompañaron en este momento tan importante e inolvidable. Gracias Ignacio, porque desde que tuve la suerte de conocerte en mis prácticas profesionales, entendiste a la perfección lo que quería transmitir en este Trabajo Integrador Final, y estuviste constantemente incentivándome, tomando con mucha responsabilidad este escrito que es tan importante para mí. Por otro lado, gracias, Ivonne, porque con los miles de e-mail que mande y la ansiedad que acompaña en esta instancia, supiste facilitarme el proceso. Y gracias a vos, María Laura Beccani, porque desde primer año que te conozco, fuiste mi incentivo para seguir. La pasión con la que enseñas y el amor que transmitís, son tu impronta. Tuve la suerte de acompañarte cuatro años siendo tu ayudante, y me enseñaste que la falta es constitutiva del sujeto, por eso nunca tuve miedo de pararme frente a tus alumnos. Gracias por confiar, creer en mí, e impulsarme a crecer.

## Índice

Resumen y palabras claves.....	3
1.Introducción.....	4
2.Desarrollo	
2.1. Origen y definición de la pulsión de muerte.....	6
2.2. Otras concepciones sobre la pulsión de muerte.....	7
2.3. Relación entre la pulsión de muerte y la compulsión a la repetición.....	9
2.4. Malestar cultural y los imperativos superyoicos actuales.....	10
3.Conclusión.....	17
4.Bibliografía.....	19

## Resumen

Este trabajo aborda la tensión entre cultura y sujeto a través de los imperativos superyoicos de la actualidad, explorando conceptos freudianos como la pulsión de muerte y la compulsión a la repetición. Se analiza cómo, en un contexto cultural donde se promueven mandatos como "sé feliz" y "vive el hoy", estos imperativos pueden llevar al individuo hacia formas de autodestrucción y patologías diversas. La obra de Freud, especialmente su texto "Malestar en la Cultura", sirve como marco para reflexionar sobre la efímera búsqueda de la felicidad y el inevitable regreso a un estado inorgánico, evidenciando la lucha entre la vida y la muerte que rige la existencia humana. Este análisis busca comprender cómo los sujetos, frente al malestar contemporáneo, enfrentan repetidas situaciones de sufrimiento y fracaso, revelando una dinámica psíquica donde los deseos reprimidos se manifiestan en comportamientos autodestructivos.

## Palabras Claves

Sujeto- cultura- pulsión de muerte- compulsión a la repetición

## 1.Introducción

Este escrito comprende como temática la tensión entre cultura y sujeto, y plantea como problemática los imperativos superyoicos de la época actual. Por ello, se abordarán los conceptos de pulsión de muerte y compulsión a la repetición, poniendolos en tensión con el malestar en la cultura para poder reflexionar sobre los imperativos superyoicos que atraviesan al sujeto.

A partir del planteo de este problema y, teniendo en cuenta el texto de Freud *Malestar en la Cultura*, de 1930, podemos observar como el propio autor hace hincapié en lo efímero de la felicidad, aunque la plantee como fin y propósito de todo sujeto. Incluso se pregunta:

¿Qué es lo que los seres humanos mismos dejan discernir por su conducta, como fin y propósito de su vida? ¿Qué es lo exigente de ella, lo que en ella quieren alcanzar? No es difícil de acertar con la respuesta: quieren alcanzar la dicha, conseguir la felicidad y mantenerla (Freud, 2004, p.76).

El problema es que Freud nos explica que solo se puede obtener la felicidad con un episodio concreto, un momento que no perdura constantemente. Esto nos lleva a pensar en la sociedad de hoy en día, donde se presentan imperativos superyoicos como “sé feliz”, “vive el hoy”, “pare de sufrir”, los cuales intentan borrar la angustia, aunque sea por un momento. Pero ¿qué ocurre con estas implicancias superyoicas de la cultura? ¿Pueden ser llevadas a cabo?

En este sentido, podemos pensar en algunas patologías donde es clara la existencia de una tendencia a la destrucción, pero también es posible detectar en ellas el fenómeno de la compulsión a la repetición. Por otro lado, común denominador de todos estos trastornos. El alcohólico crónico severo, el adicto a la cocaína y la mujer que se lesiona con extrema frecuencia son algunos de los ejemplos. En estas patologías el máximo placer es, paradójicamente, el camino directo hacia la muerte, como estado hacia el cual se tiende inexorablemente.

La muerte es uno de los conceptos más enigmáticos de la humanidad, el cual genera grandes dudas en el sujeto con respecto al inexorable fin de su existencia. El saberse mortal y finito es una herida narcisista para el ser humano. Sin embargo, también se encuentran sujetos que muestran actitudes negativas hacia la vida, realizando comportamientos que conllevan un peligro para su existencia, como, por ejemplo, personas que rehúsan alimentarse, o que repiten historias de dolor y angustia, u otras que parecería que se empeñan en destruirse abusando de alcohol o drogas. La comprensión de este tipo de situaciones es lo que mueve a indagar sobre el origen y el actuar de la pulsión de muerte, la cual es una de las fuerzas que gobierna la vida del sujeto y que se expresa en su vida, haciéndolo capaz de realizar actos impensados.

Por ello, a lo largo del Trabajo Integrador Final, trabajaremos el concepto de pulsión de muerte el cual introduce Freud en su texto *Más allá del principio de placer*, donde desarrolla un nuevo dualismo compuesto por las pulsiones de vida y de muerte. Este último concepto, el cual se contrapone a las pulsiones de vida, representa la tendencia de todo ser vivo a volver a un estado inorgánico. Como expresa Freud en 1920:

Si nos es lícito admitir como experiencia sin excepciones que todo lo vivo muere, regresa a lo inorgánico, por razones internas, no podemos decir otra cosa que esto: La meta de toda vida es la muerte; y, retrospectivamente: Lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo (1997, p. 24).

De esta manera, la primera pulsión de un ser vivo es la de volver a lo inanimado, y todas las vicisitudes de la vida, inclusive los logros superiores de los hombres, no son más que rodeos hacia la muerte. Al hablar de pulsión de muerte como concepto teórico, es conveniente tener en cuenta la tendencia inconsciente del sujeto a repetir una y otra vez la misma situación penosa. Esta repetición de fracasos ha sido denominada por Freud como

compulsión a la repetición. Se percibe principalmente en las formas manifiestas u ocultas de autopunición, en el sabotaje sistemático de los proyectos más esperados, entre otras. Estos fenómenos muestran un comportamiento caracterizado por la insistencia en el fracaso, el cual se presenta como inconciliable a todas las relaciones comprensibles de la vida psíquica. No obstante, desde el punto de vista del psicoanálisis, se explica que lo que sucede en todas estas experiencias desagradables es que se satisface un deseo inconsciente reprimido. Según lo expresado por Freud:

Casi toda la energía que llena al aparato proviene de las mociones pulsionales congénitas(...) En el curso de este, acontece repetidamente que ciertas pulsiones que se muestran inconciliables con las restantes que pueden conjugarse en la unidad abarcadora del yo. Son segregadas entonces de esa unidad por el proceso de la represión; se las retiene en estadios inferiores del desarrollo psíquico y se les corta, en un comienzo, la posibilidad de alcanzar satisfacción (1997, p.4).

Desde entonces, lo que anteriormente fue motivo de placer ahora pasa a ser una fuente de perturbación para el yo. A partir de esta lógica, el principio de placer mantiene su imperio absoluto, debido a que siempre existiría en la repetición un beneficio oculto, o, dicho de otra forma, un interés disfrazado por el conflicto. Por eso Freud nos plantea “La pulsión reprimida nunca cesa de aspirar a su satisfacción plena, que consistiría en la repetición de una vivencia primaria de satisfacción” (1920, p.26). Muchos sujetos se preguntan ¿por qué, por más que me doy cuenta, no lo puedo evitar? ¿por qué tropiezo una y otra vez con la misma piedra? A partir de estas preguntas, los sujetos intentan buscar una explicación de una manera de vivir que termina siempre en el sufrimiento.

Ahora bien, para poder llevar a cabo la problemática de este Trabajo Integrador Final, es importante indicar que nos basaremos en primer lugar en analizar la evolución del concepto de pulsión de muerte en los escritos de Freud. En segundo lugar, relacionar el concepto de pulsión de muerte con el de compulsión a la repetición. Y como último punto, pondremos dichos conceptos en tensión con el malestar en la cultura para poder abordar los imperativos superyoicos que atraviesan al sujeto.

## 2. Desarrollo

### 2.1. Origen y definición de la pulsión de muerte

Para poder comprender adecuadamente el concepto pulsión de muerte, es necesario primero comenzar por la definición de pulsión, para luego realizar un recorrido histórico por las distintas teorías de las pulsiones. No obstante, es necesario tener en cuenta que dichas teorías no deben entenderse como etapas cronológicas separadas unas de otras, sino más bien como momentos acontecidos en el pensamiento freudiano, dentro del cual los conceptos desarrollados en dichas teorías se encuentran estrechamente relacionados, y continuamente retomados y reformulados por su creador.

Freud (1915/2012) ha definido la pulsión como un proceso dinámico que hace tender al organismo hacia un fin. De esta definición se desprende la llamada teoría de las pulsiones, que constituye uno de los pilares que define a la obra freudiana. Como se sabe, el desarrollo de esa teoría ha tenido dos grandes momentos, no obstante, siempre ha mantenido su carácter dualista. En un primer momento, se trata del dualismo entre las pulsiones sexuales o libido sexual y pulsiones del yo o de autoconservación. En tanto que las primeras tienen por fin la satisfacción o descarga a través de los objetos, las segundas tienden a la conservación del individuo a través de objetos reales (Roldan, 2006). Sin embargo, a partir del texto "Introducción del narcisismo", de 1914, se puede inferir que, si bien las pulsiones de autoconservación siguen oponiéndose a las pulsiones sexuales, estas últimas se encuentran ahora subdivididas en función de su objeto de catexis: libido objetual y libido del yo. Freud descubre a partir del análisis de la demencia precoz y de la paranoia, que existe también una libido del yo, es decir, que el sujeto puede tomar a su propia persona como objeto de amor y, en consecuencia, la distinción entre pulsiones del yo y libido del yo deja de ser tan clara.

Así, del descubrimiento de una libido del yo a través de la observación de una patología se siguió que la tensión entre dos pulsiones originariamente heterogéneas debía ser reemplazada por la que existe entre, por una parte, una pulsionalidad mecánica y ciega, hundida en fuentes somáticas, origen y naturaleza última de toda actividad humana, y, por otra parte, sus destinos y, consiguientemente, una serie de transformaciones posteriores (Freud, 1922/2012). Es por eso por lo que en 1920 Freud introduce en "Más allá del principio de placer" un nuevo dualismo compuesto por las pulsiones de vida y de muerte. Este último concepto, que se contrapone a las pulsiones de vida, representa la tendencia de todo ser vivo a volver a un estado inorgánico, y, como lo absolutamente anterior es la totalidad indiferenciada, en última instancia, la meta de toda vida es la muerte porque lo inanimado era antes que lo animado. De esta manera, la primera pulsión de un ser vivo es la de volver a lo inanimado, y todas las vicisitudes de la vida, inclusive los logros superiores de los hombres no son más que rodeos hacia la muerte. En consecuencia, la tendencia de un organismo a oponerse a su destrucción no es más que una pulsión parcial, de tal forma que sólo queda el hecho de que el organismo no quiere morir sino a su manera. Por eso, más allá del principio del placer y también del de realidad se encuentra la fuerza dominante del principio de nirvana, es decir, la aspiración a aminorar, mantener constante o hacer cesar la tensión de las excitaciones internas (Roldán, 2006).

Sin embargo, es importante tener en cuenta que la idea de un funcionamiento demoníaco del aparato psíquico estuvo presente desde el inicio de la teoría freudiana. A su vez, con anterioridad a 1920, ya la sexualidad y el principio de placer aparecían como el factor disruptor, es decir, como la fuerza demoníaca en el conflicto con el yo y el principio de realidad. En consecuencia, desde un comienzo, este estuvo planteado como algo estructural, radical e irreductible. De ahí la necesidad de mantener el planteo dualista en la teoría de las pulsiones. De esta manera, lo que es constante en la exposición freudiana es que el aparato psíquico se muestra siempre regido por una tendencia que es incompatible con la vida. No obstante, a pesar de esto, es importante aclarar que la pulsión de vida y de muerte normalmente operan en los hombres siempre mezcladas, ya que, la pulsión de muerte trabaja muda, silenciosamente, mientras que se encuentra fusionada con la pulsión de vida. Sin embargo, más tarde o más temprano, en algunas patologías, tales como la

neurosis obsesiva, la melancolía, la anorexia, la neurosis traumática, el abuso de sustancias, entre otras, la pulsión de muerte muestra su verdadero rostro (Freud, 1938/2013). De esta manera, se comprende que toda disociación entre ambas pulsiones es considerada una regresión patógena (Freud, 1923/2012).

## 2.2. Otras concepciones sobre la pulsión de muerte

El concepto pulsión de muerte ha sido y continúa siendo uno de los postulados más controvertidos del psicoanálisis. Estos aportes teóricos han encontrado gran resistencia en el mundo psicoanalítico, suscitando oposiciones más o menos categóricas provenientes de distintas líneas de pensamiento dentro del psicoanálisis. Para algunos autores el concepto de pulsión de muerte ha permitido una comprensión más profunda de los fenómenos agresivos en la vida mental, incluida la autodestrucción y el sufrimiento del individuo, mientras que para otros resulta una visión meramente especulativa, cargada de contradicciones internas e innecesarias desde el punto de vista clínico (Corsi, 2002). Por este motivo, en el presente apartado, se procederá a describir las distintas posturas existentes sobre la pulsión de muerte, comenzando por autores clásicos del psicoanálisis, tales como, Melanie Klein, Donald Winnicott y Jacques Lacan, y finalizando con autores contemporáneos, los cuales se han visto ampliamente influenciados por los antes mencionados, tales como, Pierre Marty, Jean Laplanche, y André Green, dando cuenta de sus diferencias principales con respecto a lo originalmente postulado por Freud.

Por su parte, Melanie Klein, se distingue de otros psicoanalistas por su adhesión sin reservas a este concepto. Si en algún momento llega a cuestionar a Freud, ello se da por haber limitado mucho los puntos de vista para los cuales ella concibe una aplicación más extensa. La teoría kleiniana se apoya, en términos generales, en el predominio de las pulsiones destructivas sobre las pulsiones eróticas. La búsqueda de placer solo es secundaria con respecto a la dificultad de neutralizar el efecto de las pulsiones de destrucción (Klein, 1932/2015). La pulsión de muerte, o el instinto de muerte, tal como lo menciona la autora, corresponde a un factor constitutivo que subtiende la génesis de las emociones humanas. Según Melanie Klein, lo psíquico nace sobre todo del instinto de muerte y sus derivados, no obstante, la principal manifestación de éste se encuentra en la fantasía. En consecuencia, ésta se encuentra cargada de un carácter destructivo debido a que en ella predominan el instinto de muerte y un súper yo extremadamente sádico (Villanueva Farkas, 2016). Sin embargo, este acento predominante puesto en el papel de las pulsiones destructivas contribuyó más a desnaturalizar la teoría freudiana que a prolongarla, ya que para Freud lo importante era el equilibrio natural entre las pulsiones de muerte y de vida, mientras que aquí, por el contrario, no se respeta ningún equilibrio, sino que el campo se encuentra íntegramente ocupado por las pulsiones destructivas (Green, 2014).

Por el contrario, Donald Winnicott cuestiona la legitimidad del papel de la pulsión de muerte y, en consecuencia, la rechaza. Según el autor, el organismo no busca morir, sino que pretende estar vivo cuando encuentre la muerte. De esta manera, la muerte no parte del ser ya que éste por el contrario busca la continuidad. Por tal motivo, en lugar de seguir el dualismo pulsional propuesto por la teoría freudiana, el autor propone la existencia de una agresividad primaria. Esta última no refiere a la existencia de una antítesis entre la pulsión de vida y muerte, sino que, por el contrario, tanto eros como tánatos son incluidos en una sola potencia, la cual se encuentra orientada en una creatividad impulsada por dicha agresividad. En consecuencia, la agresión se podría reconducir a la motilidad prenatal del infante y, ésta posibilita la inclusión del otro, en este caso la madre, en la relación del cuerpo con las experiencias originales del amor (Rodman, 1990).

Por otro lado, para Jacques Lacan, el concepto de goce es el modo de nombrar a la satisfacción pulsional. Retoma a Freud al considerar el carácter fronterizo de la pulsión, es decir, entre lo psíquico y lo somático, y con ello la distinción respecto del instinto, de modo que en el ser humano la satisfacción nunca es de una necesidad biológica pura, ya que ella siempre se encuentra alterada por efecto del lenguaje. Por lo tanto, se trata

entonces de una necesidad que entra en el registro de la demanda que se le dirige a otro, el cual decodifica ese mensaje. La satisfacción, entonces, resulta siempre parcial e incompleta, quedando un resto que intentará colmarse y es de allí donde deviene la repetición. En ese intento de alcanzar el placer en la satisfacción total es que Lacan vincula el concepto de goce con el de pulsión de muerte, la ganancia de placer del goce va más allá del principio de placer, ya que, en su intento, paradójicamente, lo que puede alcanzar es la muerte debido a la descarga total de la energía psíquica. Este concepto, entonces, desde la perspectiva de Lacan posee una relación con el principio de placer en tanto que éste protege y establece rodeos hacia la satisfacción, pero también tiene una relación con el más allá del principio de placer, en tanto que puede tratarse de un goce excesivo que se torna en definitiva sufriente y en ocasiones mortífero (Chemama, 2004).

Por su parte, Pierre Marty, especialista en psicopatología, ha tomado las ideas de Freud, pero sin dejar por ello de modificarlas. Este, en vez de pulsión de muerte, prefiere hablar de desorganizaciones contraevolutivas. No obstante, las descripciones de los psicopáticos dan cabida al concepto de pulsión de muerte, principalmente, debido a aquellos casos en donde los mecanismos vitales de los psicopáticos aparecen neutralizados. En consecuencia, ¿qué pensar sobre el papel de la pulsión de muerte en estos? Dado que los conflictos psíquicos no pueden elaborarse, el ruido de la vida psíquica queda ensordecido. El silencio, a partir del cual actuarían las pulsiones de muerte, alimenta la psique con una desligazón desorganizadora (Marty, 1963/2013).

También Jean Laplanche, se manifiesta totalmente en contra la teoría freudiana de la pulsión de muerte, y, en su lugar, utiliza una propia, la cual distingue entre las pulsiones sexuales de muerte y de vida. De esta manera, para el autor la pulsión de muerte y de vida constituyen dos aspectos de la pulsión sexual (Laplanche, 1987/2011). La pulsión sexual de vida, conforme al yo, apunta a la síntesis, a la constitución y al mantenimiento de vínculos, funciona según el principio de la energía ligada y su objeto-fuente corresponde al objeto-total, regulador y apaciguador. Por el contrario, la pulsión sexual de muerte, hostil al yo, apunta a la descarga pulsional total al precio del aniquilamiento del objeto, funciona según el principio de la energía libre y su objeto-fuente corresponde a los aspectos clivados, unilaterales del objeto en el espacio intrapsíquico. Así, el campo de lo sexual abarca también los aspectos violentos y desestructurantes de la vida psíquica, sin quedar limitado a las posibilidades de ligazón e integración de la fuerza pulsional. Según esta perspectiva, entonces, la pulsión de muerte viene justamente a reafirmar y a precisar los aspectos esenciales de la pulsión sexual no ligada: los aspectos parciales, sujetos al proceso primario y a la compulsión de repetición (Laplanche, 1973/2011). Sin embargo, dicho planteamiento, caracterizado por las pulsiones sexuales de muerte y de vida, equivaldría a adoptar una teoría monista de la libido destructiva o constructiva (Green, 2014).

Ahora bien, teniendo en cuenta los aportes actuales sobre el concepto de pulsión de muerte, uno de los autores más destacados en los últimos años ha sido André Green. Este autor es quien se encarga de teorizar el narcisismo negativo, concepto directamente relacionado con el de la pulsión de muerte. Para este, el concepto de narcisismo negativo se explica como una aspiración hacia el nivel cero, expresión de una función desobjetivante que no se contentaría con dirigirse hacia los objetos o sus sustitutos, sino que lo haría sobre el proceso objetivante como tal. En cuanto a la pulsión, para Green, ésta es sólo cognoscible por sus representantes psíquicos. De esta manera, tanto la función sexual como la libido son representantes de eros, pero no incluyendo así todas las propiedades de la pulsión de vida. En consecuencia, la autodestrucción es para tánatos lo que la función sexual es para eros. A diferencia de Freud, Green considera que esta autodestrucción no funciona de manera primitiva, espontánea o automática. En la obra de este autor, es imposible hablar de la pulsión de muerte sin tener en cuenta la pulsión de vida. Mientras la pulsión de muerte solo implica desligazón, la pulsión de vida admite la coexistencia tanto de la ligazón, como de su contraparte. Así, eros también absorbe en sí misma una parte de la pulsión de muerte, la cual luego será transformada. En

consecuencia, la manifestación destructiva de tánatos es el desinvertimiento (Green, 1991).

### 2.3. Relación entre la pulsión de muerte y la compulsión a la repetición

La relación entre la pulsión de muerte, concepto de carácter teórico, y la compulsión a la repetición, concepto develado por la clínica ejercida por Freud, ha sido desarrollada por él en su texto "Más allá del principio de placer". Freud asegura que las manifestaciones de la compulsión a la repetición que ha descrito en las actividades de la vida anímica infantil, así como en los dos referentes observados en la clínica psicoanalítica, los sueños traumáticos y el actuar en transferencia, revelan claramente un carácter pulsional, y cuando se oponen al principio de placer, demoníaco. No obstante, para poder comprender este carácter es necesario primero desarrollar cada una de dichas manifestaciones, las cuales son experiencias observadas a través de la práctica clínica del psicoanálisis.

La primera de estas manifestaciones es brindada por la observación del juego de un niño de año y medio, el cual era dejado por su madre al cuidado de otra persona varias horas al día. Freud mantuvo contacto con el niño a lo largo de varias semanas, durante las mismas pudo observar que tal tenía el hábito de arrojar lejos de sí, a un rincón o debajo de algún mueble, todos los objetos que se encontraban al alcance de su mano. Al realizarlo el niño pronunciaba un fuerte y prolongado "¡oh!" con expresión de interés y satisfacción, acerca del cual Freud llegó a la conclusión de que no se trataba de una simple manifestación de su estado de ánimo, sino que, por el contrario, en este podía reconocer la palabra fort, es decir, "se fue" en alemán. De este modo, explica que el juego consistía en simular, por parte del niño, que sus juguetes se iban, es decir que, éste transformaba un estado de pasividad o displacer ligado a la partida de su madre en una situación controlada. Añade a esta observación, el hecho de que unos días después, cuando observó nuevamente al niño, pudo corroborar su hipótesis. Vio que el infante tenía un carretel de madera atado a un hilo, el cual no lo arrastraba detrás de él como se esperaría, sino que, por el contrario, arrojaba el carretel sosteniéndolo por la punta del hilo dentro de su cuna, la cual al tener un mosquitero lo hacía desaparecer de su vista y cuando ello ocurría pronunciaba su característico "¡oh!", volviendo luego a jalar del hilo para extraer el carretel de la cuna, recibéndolo con un amistoso "¡da!".

A partir de dicha escena, Freud deduce que ese era el juego completo en el cual el niño hacía desaparecer y aparecer su juguete. Explica que la mayoría de las veces solo había presenciado la primera parte de la secuencia, pero que sin duda el mayor placer correspondía a la segunda. No obstante, en contraposición con lo esperado, la primera parte de la secuencia, es decir, la de la desaparición de los juguetes, era la que el niño con mayor frecuencia e incluso llevada a cabo por sí sola, repetía una y otra vez (Roudinesco, 2015).

La segunda de dichas manifestaciones hace referencia a los sueños de quienes padecen neurosis traumática. Para Freud, el sueño es la vía más confiable para acceder a lo que él llamó procesos anímicos profundos. Los sueños de los traumatizados presentaban la característica de llevar al sujeto una y otra vez a la situación de su accidente, de la cual el sujeto despierta con renovado terror. La creencia más común acerca de dicha situación es que si la vivencia traumática retorna una y otra vez en el sueño es porque el sujeto sufrió una fuerte impresión que lo dejó fijado psíquicamente al trauma. No obstante, Freud plantea que, si el sueño en repetidas ocasiones reconduce al sujeto a la vivencia traumática, no es por esa impresión, sino que es para permitir que se produzca la angustia que en el momento del trauma no se produjo por su carácter sorpresivo, y de esta manera hacer posible, completando el decurso normal de los procesos psíquicos, el hecho de que éste sea tramitado (Freud, 1920/2012).

Luego de haber planteado dos de las tres situaciones observadas por Freud, la tercera muestra que existe algo determinante para la vida anímica que actúa independientemente del principio del placer, el cual se creía regulador absoluto de los procesos psíquicos. Es decir que existiría algo más esencial, más básico, que no actúa por

rodeo como éste, pero que, sin embargo, busca también una ganancia de placer. Dicho esto, la tercera situación a considerar es observada en la generalidad de la práctica psicoanalítica por Freud, en la cual el enfermo no recuerda precisamente lo esencial que hay en él reprimido, y, en consecuencia, se ve forzado a repetir lo reprimido como vivencia presente, en vez de recordarlo en calidad de fragmento del pasado. De esta manera, aquello que Freud considera como más básico que el principio de placer es algo que es repetido constantemente de manera inconsciente por el sujeto en el análisis (Freud, 1920/2012).

#### 2.4. Malestar cultural y los imperativos superyoicos actuales

En la sociedad de hoy en día, se presentan imperativos superyoicos que implican cierta exigencia de bienestar hacia el sujeto como “tenes que estar bien”, “tenes que ser productivo porque si no fracasas” “tenes que intentar encontrar la paz interior” y, demás frases que inscriben una demanda en el sujeto. Pero ¿qué ocurre con estas implicancias superyoicas de la cultura? ¿Pueden ser llevadas a cabo?

Podemos pensar en algunas patologías donde es clara la existencia de una tendencia a la destrucción, pero también es posible detectar en ellas el fenómeno de la compulsión a la repetición, el cual es el común denominador de todos estos trastornos. El alcohólico crónico severo, el adicto a la cocaína y la mujer que se lesiona con extrema frecuencia son algunos de los ejemplos. En estas patologías el máximo placer es, paradójicamente, el camino directo hacia la muerte, como estado hacia el cual se tiende inexorablemente.

Se ha dejado de vivir bajo el mito edípico que inscribía la prohibición del goce y se está, como plantea Miller (2005) en el Otro que no existe y sus comités de ética, en una época en la que se puede prescindir del Otro, de los ideales y de las personas, este cortocircuito libra el plus de gozar. A partir de allí, lo que queda son modos de goce que dependen de este plus de gozar, por lo que se observa un empuje al exceso, un empuje a gozar, del cual habrá que determinar qué efectos subjetivos produce en cada caso.

Naparstek (2008) considera que la adicción generalizada al consumo es uno de los mecanismos para lidiar con el sufrimiento, la angustia y la frustración, característico de la hipermodernidad. Expresa que la clínica con estos pacientes, en principio, no permite pensar en un análisis en el sentido de la interpretación de los sueños, puesto que hay un rechazo al Otro y, por lo tanto, al inconsciente. En este contexto el toxicómano aparece como el prototipo de la hipermodernidad, en tanto, es allí donde podemos vislumbrar los efectos de la cultura contemporánea, que no hace otra cosa que reforzar la relación con el plus de gozar.

En “El malestar en la cultura”, escrito hacia 1930, Freud plantea el tema de la infelicidad del hombre. Podemos observar como el propio autor hace hincapié en lo efímero de la felicidad, aunque la plantee como fin y propósito de todo sujeto. El problema es que Freud nos explica que solo se puede obtener con un momento que no perdura constantemente, y por ello el hombre realiza diferentes maniobras para evitar el sufrimiento o displacer.

Allí, el autor establece que el malestar inherente al sujeto tiene que ver con la introducción del hombre a la cultura, y la irremediable oposición entre las exigencias pulsionales y las restricciones impuestas por ésta. Sin embargo, cabe aclarar que, no hay malestar porque hay cultura, sino que hay cultura porque hay un malestar irreductible, que no es más que la imposibilidad de una relación del sujeto y del Otro de manera plena y armónica, fracaso inherente al ser humano por ser un ser hablante.

Una vez situado el malestar, ubica las diferentes formas de enfrentarse a él, nombrando el amor, la religión, el delirio, la sublimación entre otros, como formas de paliar este malestar. Allí, se deja ver el uso de los narcóticos como un remedio más, frente al sufrimiento de la existencia humana “para soportarla no podemos prescindir de calmantes” (Freud, 2004, p. 75). Los narcóticos especialmente influyen sobre nuestro quimismo, por este motivo, la intoxicación es el método más efectivo destinado para producir una

modificación. Con esta quitapenas los sujetos pueden escapar del peso de la realidad, pero Freud advierte que es precisamente esta cualidad la que entraña un peligro.

En este sentido, Naparstek (2008), siguiendo a Escotado, sostiene que la relación de los individuos con la droga ha sido milenaria. En la cultura grecorromana encontramos el término *pharmakon*, del cual proviene la palabra fármaco que en aquella época era utilizada en una doble acepción; como remedio y veneno. De esta manera ese calmante podía paliar un malestar o convertirse en un veneno, tóxico. En la época freudiana la toxicomanía era un síntoma más entre otros, pero en la actualidad se observa que hay una marcada tendencia hacia una respuesta única y globalizada, a un goce para todos por igual. Este momento responde a la época que Miller (2005) ha llamado de la inexistencia del Otro, en donde es justamente el consumo generalizado el que está ubicado como la supuesta y única respuesta al malestar y que Sinatra (2000) ubica como “la toxicomanía generalizada” (Naparstek, 2008, p. 26).

Así, el psicoanálisis se orienta en el esfuerzo de deshacer la identificación al “yo soy toxicómano” para dar paso a encontrar un significante que aloje un goce que no ha pasado por la estructura del significante pero que, sin embargo, lo nombra (Sotelo, 2005). El dispositivo analítico apuesta a que el sujeto trabaje los significantes que lo determinan, más que alienarlo en un rótulo que proviene del Otro. Es por ello por lo que el psicoanálisis ofrece un problema a la solución de la droga, para lo cual, siguiendo a Galante, el psicoanalista debe estar a la altura del malestar en su época, orientándose en la dirección de la cura a cuestionar el falso saber que ofrece el tóxico para que cada uno invente su propia respuesta.

Siguiendo a Tarrab (2003) se trata de cómo a la insistencia de la repetición del goce se pueda agregar un significante que lo enlace y produzca un corte en ese goce de la repetición. Ir de la repetición a la representación, es decir, de la entrada del goce en la castración, por lo tanto, en la medida fálica.

En una cultura en donde nos encontramos hiperconectados, deconstruidos, tecnologizados casi hasta parecer un *cyborg*, clasificados con alguna letra del abecedario que designa una comunidad de goce que segrega a otras; empujados a que no nos falte ninguna experiencia ni consumo, autoexplotados en nuestra supuesta elección de cómo realizarnos y ser felices de manera rápida y eficaz. ¿Cómo leer lo que en la veloz actualidad se cuele, da forma a los síntomas? ¿Cómo Freud y Lacan habitaron su época y qué herramientas nos dejaron para cincelar en la roca de lo contemporáneo las formas de los sujetos singulares que se perfilan en ella?

Lacan en “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis” ([1953] 2018) nos sugiere que: “Mejor que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época” (p. 309). El analista no puede estar ajeno a cómo una época vive la pulsión. Cada sujeto, en sus sufrimientos trae de una manera singular las marcas de su tiempo y Laurent en una entrevista nos aclara que la vocación del psicoanálisis frente a los *impasses* de la cultura es encontrar la interpretación analítica que conviene a la época.

El padre del psicoanálisis no fue ajeno a los acontecimientos de su sociedad. Se vio interpelado y atravesado por lo que en esos años conmovió -y sigue conmoviendo- a la civilización occidental: el nazismo y los movimientos totalitarios. En uno de los escritos “El Malestar en la Cultura” (1930/2004) al que lo había precedido “El Porvenir de una ilusión” (1927/2004). En los mismos títulos se entran un deseo y una imposibilidad. En el primero que escribe deja escapar cierto optimismo y, en el otro, incertidumbre y desesperanza. La ilusión es producto de un deseo, más allá que pueda o no estar en total contradicción con la realidad, nos dice Freud. El deseo acerca de un porvenir para la cultura, escrito en 1927, va a ser sucedido, dos años después, por el Malestar de la Cultura. Ya atravesado por la enfermedad y por la amenaza que se cernía sobre todo hombre que fuera de origen judío, se pregunta si hay ilusión en un porvenir posible cuando la cultura conlleva malestar.

La roca dura con la que nos topamos es que los humanos no nos llevamos tan mal con el malestar ni tan bien con el bienestar. Las esperanzas puestas en la ciencia y sus utopías ya amenazaban desde los totalitarismos. Freud en los años veinte anticipaba el poder totalitario que irían tomando los líderes que se instalan más fuerte que la ley, que los

procesos legales, más allá de las democracias representativas y de la representación. Entonces ve que toma fuerza aquello no representable que es el goce pulsional depositado en el líder. Esto que nombramos como irrepresentable, tomando las palabras trazadas en “El Malestar en la cultura” “nos muestra cuán lejos estamos de dominar las peculiaridades de la vida anímica con una figuración intuible” (p.71). De modo que hay algo que queda por fuera de la representación e insiste, un “rasgo indestructible de la naturaleza humana” (p.111). La ilusión se va haciendo polvo cuando dice: “Hay dificultades inherentes a la esencia de la cultura y que ningún ensayo de reforma podrá salvar” (p.112). Entonces, más allá del deseo: la imposibilidad. A aquello no representable, a ese resto, Freud le pondrá como nombre pulsión de muerte, que “junto la de vida, aparece como un saldo tras el eros” (p.117) Hay algo que escapa a los intentos de la cultura, y él concluye su escrito con una pregunta, que agregó en 1931 cuando Hitler ya era una real amenaza “Pero ¿quién puede prever el desenlace?” (p.140), ¿Quién podía prever acerca de ese saldo, resto que queda tras el eros, la pulsión de muerte cuando parece inminente la imposición de su fuerza?

También Freud señala que la cultura, en plena época victoriana imponía un ideal de goce para todos sin tener en cuenta las singularidades: la heteronormatividad, tal como la nombraríamos ahora, “prescinde de las desigualdades en la constitución sexual innata y adquirida de los seres humanos” (p.102) y hasta el “proscrito amor genital heterosexual es estorbado también por las limitaciones que imponen la legitimidad y la monogamia” (p.102). A la vez agrega, la prohibición vela la imposibilidad, no es sólo la presión de la cultura, “sino algo que está en la esencia de la función misma lo que nos deniega la satisfacción plena” (p.103). Si pudiéramos decir que era una cultura basada en la represión el origen de la desventura, tampoco sólo se trata de eso. Dando un paso más, con Lacan podemos ver que la neurosis se ocupa de pintar con los colores de lo prohibido aquello que es lo imposible de la relación sexual en los síntomas de los sujetos.

Los ritmos acelerados que propone el capitalismo nos imponen formas de estar, de “conectarnos” con otros a través de medios electrónicos, dispositivos virtuales y con una forma de concebir el tiempo en lo inmediato dejando poco lugar a la historización, a la reflexión, a la introspección. En el campo clínico, se manifiestan las llamadas patologías actuales (trastornos de alimentación, psicosis ordinarias, patologías del acto) y en los modos de atención tenemos una propagación de terapéuticas al estilo coaching, la propagación de protocolos que universalizan los padecimientos y los modos de accionar ante los mismos, inclusive se diagnostican rápidamente trastornos provocando una medicalización exacerbada.

La práctica lacaniana opera en la dimensión del fracaso. Como herramienta clínica, la escucha y la interpretación, pero ya no una interpretación que apunte a lo simbólico, sino que apunta a lo real del síntoma. Hacer surgir un sujeto allí en lo que se aqueja. Ahora bien, los sujetos que nos demandan atención, que nos buscan como analistas inmersos en la posmodernidad, buscan calmar y acallar el malestar. Entonces, se trata de maniobrar allí, en la búsqueda de ese sujeto particular en lo generalizado de la época. Rubinstein (2014) dice:

El psicoanálisis no pretende cambiar el curso de la historia ni abrir juicios morales sobre las nuevas normas de gozar. Tampoco puede evitar el desamparo al que el sujeto está expuesto, la angustia, los efectos de la desocupación, de la violencia, el consumo. Pero a partir de reconocer en cada caso la solución singular que el sujeto ha creado frente al encuentro con lo real, puede volver a abrir la posibilidad de creer en el síntoma e incidir así en las respuestas subjetivas. (p. 3)

Para los psicoanalistas se trata de un posicionamiento a contrapelo de las terapias que prometen felicidad y esto es una cuestión ética. No parte de lo que marcha sino de lo que falla. Leen el síntoma en lo singular de cada sujeto sin renegar de los tiempos que nos tocan vivir.

El interés del sujeto está centrado, fundamentalmente, en demandas como el imperativo de goce y el deber de ser feliz. El análisis de estas demandas podría arrojar luz

a las características de la subjetividad actual, circunscribiendo un malestar y un sufrimiento particular.

Así es que, inmiscuidos en un mundo donde la conexión, la accesibilidad, la comunicación, la información, la ciencia y las tecnologías han avanzado exponencialmente. Así como también han facilitado, en términos de rapidez, el acceso a lo que un sujeto “quiere”, son paradójales, la frustración, la vulnerabilidad, la inermidad y la soledad del sujeto.

En la actualidad, el malestar y el sufrimiento del sujeto en la cultura, ya no giran en torno a la cohesión de las masas respecto del Ideal o el sentimiento de culpa como planteara Freud en los años treinta, sino que ahora, más bien, el Ideal no tiene una función reguladora u ordenadora. Esto se debe a que el discurso capitalista opera en función de las leyes que el mercado impone, e intenta unificar y uniformar los modos de goce, bajo el imperativo de “gozar lo más posible” y el del “deber de ser feliz”.

La consecuencia es un sujeto perdido respecto de su deseo y en la ambición de responder a una demanda que no es propia (demanda del mercado) bajo la promesa de una felicidad (absoluta) que no existe, aparece el malestar y la poca habilitación para el sufrimiento, “pues hay que estar bien, ser felices y consumir mucho”. Justamente, un sinfín de objetos tentadores, que a la vez ofician de “tapón” al deseo, sostienen esta lógica de la política actual del goce, estratégicamente calculada desde el mercado, los medios de comunicación masiva, las nuevas tecnologías y la ciencia.

Sin embargo, el psicoanálisis tiene una lógica diferente a la del sistema capitalista y otra propuesta, que consiste, más que la uniformidad del goce y la promesa de felicidad plena apuesta al goce de cada uno, en los modos de gozar de cada uno y en una concepción de felicidad episódica, errática y efímera. Precisamente, un nuevo ideal definido por el mercado sugiere modalidades de goce sujetas a la compulsión por el consumo, lo cual implica, que los síntomas emergentes reflejan el impacto de una política que ha dejado marcas sobre la subjetividad. Entonces, ¿cuál es el ideal que el mercado espera y que busca con esta oferta desmedida de objetos? Un sujeto satisfecho, colmado y, al mismo tiempo, acorde a los ideales de la época: un consumidor en exceso. Asimismo, pareciera que se exhibe obscenamente, una sobre-exigencia sustentada en el imperativo de “gozar lo más que se pueda”, que deja al sujeto sujetado a merced de un goce globalizado que lo aplasta, por ser imposible.

En referencia, Delgado (2016) propone cómo pensar al sujeto en la cultura a raíz de ese imposible y, para ello, refiere el texto freudiano “El Malestar en la Cultura”, en tanto el mismo será un esfuerzo por vislumbrar qué se hace con dicho imposible. Puntúa que, en el sujeto, está lo pulsional y es por ello por lo que la cultura no logra resolver las pasiones oscuras del ser humano. No hay armonía, la pulsión de muerte anida, y al mismo tiempo puede generar la destrucción. Se insiste en que no es la cultura, sino la pulsión misma la que deniega la satisfacción. Dicho con otras palabras, la pulsión de muerte es el mayor obstáculo con el que se topa la Cultura, ya que no se logra ni logrará nunca la satisfacción plena.

Al respecto, Delgado (2016) también es quien dice que es por lo antes mencionado que el principio de placer no es realizable, al respecto, nos propone releer una cita de Freud donde queda expresado que “discernir la dicha posible en ese sentido moderado es un problema de la economía libidinal del individuo. Sobre este punto no existe consejo válido para todos; cada uno tiene que ensayar por sí mismo la manera en que puede alcanzar la bienaventuranza” (Freud, 2004, p.83). Entonces, la solución no puede ser “el para todos todo lo mismo”, ¡ya Freud lo decía en 1930!, la solución apuesta a lo singular, al uno por uno, a poder sintomatizar, a darle lugar al síntoma como una solución singular y particular que el sujeto encontró para su malestar.

En consonancia con lo expuesto hasta aquí, Delgado (2016) expresa que:

una sociedad donde no se garanticen los derechos ciudadanos, donde se promueva como ideales las figuras del cínico y el canalla, capturada en la ley de hierro que impone la relación de la ley del mercado con el desarrollo científico-tecnológico, no da lugar a la sintomatización

sino que promueve las prácticas directas de goce, sin la operatividad de los recursos simbólicos e imaginarios, para vérselas con lo real pulsional. Una sociedad burocrática y totalitaria, que tome a lo diferente como hostil, como enemigo, imponiendo una uniformidad que aplaste lo singular y realice un empuje a la masa, se transforma en una cruel pesadilla (p. 3).

Si “El Malestar en la Cultura” nos enseña la imposibilidad de la satisfacción plena por obstáculo interno (pulsión de muerte), hace entrada el superyó, en su paradoja, “en tanto que, a mayor renuncia de satisfacción pulsional, mayor incremento de la severidad superyoica” (Delgado, 2016, p. 3). Esto mismo nos lleva a reflexionar que el superyó es el imperativo de goce, y la cultura nos demanda que gocemos lo más posible. Así se pasa del derecho al deber. El superyó empuja a gozar, a intentarlo una y otra vez.

Sumado a lo desarrollado, Freud (1930) creía que las restricciones a las exigencias pulsionales del hombre, por un lado generaban hostilidad en el lazo con los otros, pero, al mismo tiempo, permitía el estar en la cultura. Ubicaba allí aparece entonces la génesis del superyó, como intento de control (de mociones pulsionales agresivas) y regulador (de goce).

Por otro lado, Braunstein (2006) plantea no confundir el superyó freudiano con el lacaniano. El primero, como sabemos, es el heredero del complejo de Edipo y supone el reemplazo de la amenaza de castración como peligro interno por la regulación de las mociones pulsionales. Puntualmente dice: “se concibe al superyó como un sistema de habilitaciones y prohibiciones de goce. Obediente a la ley y dentro de sus marcos el goce está permitido, pero es un goce limitado [...] por la castración” (p. 326). El segundo, se caracteriza por su imperativo y no es el de obedecer, sino el de gozar y el goce es justamente lo que el superyó freudiano prohíbe. El goce es transgresivo y por ello nada tiene que ver con la obediencia (p. 327). Al respecto, Miller (2005) expresa que:

El superyó freudiano produjo cosas como lo prohibido, el deber, hasta la culpabilidad, que son términos que hacen existir al Otro, son los semblantes de otro, suponen Otro. El superyó lacaniano produce un imperativo distinto: ¡Goza! Este es el superyó de nuestra civilización (p. 19).

En este sentido, Laurent (2014) refiere que “imperativos del superyó se manifiestan en el imperativo de goce, el imperativo es ser el emperador de sí mismo, para obtener la máxima calidad de vida, el goce máximo, la máxima satisfacción” (p.1). Lo que se pone en juego aquí, pareciera, es la idea de que, si se es feliz, entonces cómo serlo aún más. La pregunta es por el “más”, por el “*encore*” que no cesa y es sobre esto que se pretende explorar en la promoción incesante del imperativo de satisfacción, como regla en la cultura actual (Laurent, 2014). Además, Coincidimos con Ons (2010), en que resulta interesante observar cómo hoy en día acechan las exigencias de felicidad, los imperativos de dicha, ¡el deber de ser felices todo el tiempo! Esta autora puntualiza que:

La felicidad freudiana no es contraria al altibajo, ya que más bien lo supone, ella emerge [...] ¿No se eliminaría ella misma al hacer desaparecer la disparidad de las tonalidades? Paradójicamente, el hombre siempre eufórico sería el hombre infeliz, ya que cuando la felicidad se transforma en el deber superyoico del ¡siempre! deja ella de ser felicidad (párr. 6).

Freud (1930) plantea que hay una felicidad posible, en tanto la misma se caracteriza por ser episódica, parcial, intempestiva y nunca continua. Pero no por ello, aunque episódica, deja de ser valiosa; dice puntualmente que:

Lo que en sentido estricto se llama “felicidad” corresponde a la satisfacción más bien repentina de necesidades retenidas, con alto grado de estasis, y por su propia naturaleza sólo es posible como un fenómeno episódico. Si una situación anhelada por el principio de placer perdura, en ningún caso se obtiene más que un sentimiento de ligero bienestar;

estamos organizados de tal modo que sólo podemos gozar con intensidad el contraste, y muy poco el estado (p.76)

En concordancia con esta cita, compartimos la idea de Ons (2010) quien plantea que:

El anhelo de una felicidad perdurable es aquello mismo que impide experimentar una felicidad posible ¿Qué sería una felicidad perdurable si ella misma jamás pudo ser experimentada? Pronto caemos en la cuenta de que ella no sería otra cosa que una felicidad supuesta, soñada, esperanzada, que obstaculiza vivenciar la felicidad episódica, transitoria, como la vida misma (párr. 10).

Creemos que el imperativo de ser feliz, al modo de un mandato superyoico taponar la felicidad posible, la que sí puede haber, ya que contradice el estado de plenitud continua y perdurable que el mercado arroja al sujeto a conseguir. Lo cual es un imposible y subsume a un malestar particular, en tanto es una demanda a la que no se puede responder por estructura. Por ello, Eidelzstein (2009) se pregunta cómo el neurótico vela la falta en el Otro. La vela, dirá, con su dolor, con su dolor corporal, y ese dolor corporal no viene desde adentro, de la pulsión que Freud ([1920] 1979) nos propuso, sino que viene de la posición que se asume, de la posición frente al goce que el sujeto tenga. Y a lo que apunta un análisis, creemos, es a torcer algo de ese goce originario.

Entonces, a diferencia de la lógica mercantil, con el psicoanálisis no se subestimaré al sujeto, por el contrario, se procurará abrir la vía de la interrogación. Es decir, que surja algo del orden de la pregunta y del deseo para saber-hacer con lo impuesto, con las demandas externas y las exigencias pulsionales internas.

Además, numerosos pensadores contemporáneos coinciden en afirmar que alrededor de los años '50 se ha producido una modificación en las formas típicas de organización de la cultura. Se observa una tendencia a la flexibilización de las jerarquías y, en consecuencia, el modelo cultural imperante hasta ese momento ha empezado a declinar. La fuerza instituyente, al decir de Castoriadis (1983), ha empujado al cambio social, la exigencia de mayores derechos y libertades ha hecho tambalear la estructura moderna de la sociedad, basada fundamentalmente en la restricción. En este contexto, es notable también el desinterés por el otro y por la vida, como contrapartida de una mayor valoración de lo económico.

El mismo Lacan ([1950] 1971), retoma la idea de la degradación de la autoridad familiar y propone el término “dehiscencia”, que toma de la botánica. Este término hace referencia a cuando algo se reduce o estrecha, y él lo utiliza para referirse a la inestabilidad y caducidad creciente de la autoridad del padre en el interior y exterior de la familia (Trobas, 2003). En su lugar se apostan las leyes del mercado con un único precepto: “Debes consumir”.

En consecuencia, en la época actual, se plantea la eliminación del sufrimiento por una vía distinta a la de la palabra (hay una pérdida de consistencia de los discursos), que, dejando de ser sintomática, “no cesa” de ser patológica. Efectivamente se promueven prácticas de goce directo, sin la mediación de lo simbólico e imaginario para vérselas con lo real pulsional (Delgado, 2016). Se trata de manifestaciones que incluyen el cuerpo de un modo particular, así como al cuerpo y acciones impulsivas, que ponen en juego un sufrimiento que excede lo tramitable a través de la palabra. Este es el caso, por ejemplo, de las adicciones, los actos de violencia, la anorexia y la bulimia, los “trastornos de ansiedad”, etcétera.

Estos trastornos mencionados, podrían ser pensados también con relación a los diques pulsionales que Freud ([1901] 1979) ubicó en el asco, la vergüenza, la moral, el dolor y la compasión, y que tienen un estrecho vínculo con la represión. Estos diques serían los que, en la actualidad, de un cierto modo, estarían perdiendo su hegemonía, dando lugar a nuevas formas de arreglo con la pulsión. La mudanza en lo contrario y la vuelta sobre la propia persona de la que nos habló Freud ([1915] 1979), cobran ahora particular relevancia.

En la época actual, la búsqueda de la felicidad se traduce muchas veces como un querer ser yo mismo, querer ser auténtico. Esto suele ir acompañado de un empuje para

liberar al yo de las ataduras de la cultura por medio de estrategias y habilidades sociales o técnicas de entrenamiento físico – mental, que tienen como finalidad una promesa de conquista de la autenticidad y felicidad. Sin embargo, esto tiene una contracara, ese empuje -casi exigencia en ciertos momentos-, produce un malestar, que se traduce como baja autoestima: *no puedo ser yo mismo, es muy estresante ser auténtico, etc.*, y que toma la forma de urgencias subjetivas.

Al respecto, el filósofo Byung Chul Han (2016) sostiene que el “imperativo de la autenticidad” implica estar pendiente de uno mismo, vigilarse permanentemente, lo cual llevaría a una “coerción narcisista”, pero no como amor a sí mismo, ya que excluye al otro. El narcisista invisibiliza al otro, sólo ve al mundo como matiz de sí mismo. Para Han (2016) la sociedad de consumo actual alienta las diferencias, pero solo aquellas que puedan ser consumibles, ya que las mercancías se vuelven objeto de deseo de la autenticidad. Para el filósofo, el imperativo de la autenticidad no es autonomía, sino comercio, la diversidad finge una alteridad inexistente. El yo se recubre de un halo emancipador, ser libre de las imposiciones de la cultura, de lo que viene de afuera. Por lo cual se convierte en una invitación- imperativa- de ser una creación personal. Todos quieren ser diferentes, pero en eso persiste lo igual, no la alteridad, el esfuerzo por no parecerse a nadie exige una comparación con los otros, con lo cual este giro borra la diversidad (Han, 2016).

En la misma línea, señala que “el torrente digital nos vuelve sordos para escuchar el repiqueteo de la verdad”. El exceso de información, de comunicación, de mercancías sólo produce lo igual, con lo cual conduce a la pérdida de sentido, ya nada se comprende, sólo hay acumulación de hechos y cálculo que llevan a la repetición de lo mismo. No hay lugar para la alteridad, para los acontecimientos. Esta pérdida de la escala temporal produce también una pérdida de la relación causa efecto, sólo hay hechos, por lo tanto, nada se comprende. Esto genera un mundo sin perspectiva, donde la inseguridad social está presente y en donde surge la desesperación por no poder ser uno mismo, pero ¿qué es ser uno mismo?

En consecuencia, ahora el individuo tiene que hacerse cada vez más cargo de su propia definición, de reafirmarse en modos de satisfacción “autónomos”. En este sentido, ambos fenómenos pueden tener su traducción en la clínica: la “incertidumbre fabricada” en el relato de los pedidos de atención ligados a lo contingente, al acontecimiento, a la urgencia. Mientras que la exigencia creciente de la autonomía, se deduce de lo que llamaríamos los “delirios de identidad”, expresados en el “yo soy toxicómano”, “yo soy anoréxico”, “yo soy normal”, a los que podríamos agregar “soy auténtico”, “soy emprendedor”, entre otros, etc., en el empuje superyoico a “hacerse” de un estilo de vida, a ser yo mismo; auténtico.

Finalmente, el empuje que la época tecno-científica y globalizada actual da a la autenticidad y a la felicidad estimula prácticas que ponen en el acento en el yo, su correlato neuronal y programas y Apps informáticos para potenciar, mejorar, entrenar o soportar y bloquear lo negativo, dando lugar a una creación personal impulsada también desde la ciencia. Sin embargo, como ya señalamos, el malestar subjetivo del sujeto de nuestro tiempo demanda el efecto terapéutico rápido, es decir que no haya espera entre la causa y el efecto: es lo que recibimos generalmente como urgencia subjetiva (Bassols, 2006). El efecto rápido es precisamente la demanda del sujeto en una civilización donde el tiempo para comprender tiende a esfumarse para hacer prevalecer lo inmediato del goce, de la satisfacción pulsional en una inercia que busca la identidad entre el efecto y la causa. Por ello, señala Bassols (2011) consultar al psicoanálisis puede ser la oportunidad de encontrarse con la causa, la oportunidad incluso de no curarse del encuentro con la causa, de no dejar de no curarse de este encuentro. Este es el efecto terapéutico que el psicoanálisis debe saber producir hoy ante la invasión de las falsas promesas terapéuticas, en donde se ofrecen técnicas, estrategias, desarrollo de habilidades y competencias, productos naturales, etc., para el desarrollo profundo de la “autenticidad o del sí mismo” (p.24).

### 3. Conclusión

Si bien, el término conclusión hace referencia a la terminación o fin de algo, a pesar de esto, no se pretende dar por concluido o agotado el tema tratado en este trabajo. Sino que, por el contrario, se reconoce que el estudio en torno a los conceptos pulsión de muerte y compulsión a la repetición, es muy complejo debido principalmente a los alcances que dicho estudio posee en diversos registros, tales como, el biológico, sociocultural y artístico, siendo entonces imposible dar por zanjada esta discusión en el desarrollo de este trabajo.

A su vez, el estudio de estos conceptos no solamente es complejo sino también controvertido. La noción de pulsión de muerte y, en consecuencia, la de compulsión a la repetición, han sido y continúan siendo dos de los postulados más debatidos dentro del psicoanálisis, debido a que han marcado un punto de viraje en la concepción pulsional y en el psicoanálisis en general, que, no estando exentos de críticas, han revolucionado la comprensión de los fenómenos agresivos y destructores de la vida psíquica.

Actualmente, en la posteridad de Freud, ambos conceptos continúan plenamente vigentes, siendo fuente de debates permanentes entre las distintas escuelas psicoanalíticas. De esta manera, a pesar del estudio complejo y contradictorio de estos conceptos, dicho trabajo se considera como un intento de aproximación para una mejor comprensión de las implicancias tanto teóricas como clínicas de la articulación de los conceptos pulsión de muerte y compulsión a la repetición. Sin embargo, así como se han podido despejar algunas incógnitas sobre el tema tratado en este escrito, a su vez también, éste ha generado nuevas preguntas, ideas y vías posibles de trabajo.

Uno de los caminos que hemos tomado en este escrito es la compleja relación entre cultura y sujeto, enfocándose en los imperativos superyoicos que caracterizan nuestra época. A lo largo del análisis, hemos considerado cómo estos imperativos influyen en el sujeto, generando tensiones que pueden resultar en un significativo malestar. Al integrar los conceptos de pulsión de muerte y compulsión a la repetición, hemos puesto de manifiesto cómo estas dinámicas no solo reflejan la lucha interna del sujeto, sino también, que estas son indicativas de las presiones culturales contemporáneas.

La pulsión de muerte, entendida como un impulso hacia la autodestrucción y el retorno a un estado inorgánico, se manifiesta en el contexto cultural actual a través de prácticas autodestructivas, el consumismo extremo y la búsqueda incesante de gratificación instantánea. Por su parte, la compulsión a la repetición nos muestra cómo el sujeto tiende a reexperimentar traumas pasados o a repetir patrones de comportamiento que, aunque dolorosos, ofrecen una falsa sensación de control y familiaridad. Ambas dinámicas, en tensión con el malestar en la cultura, nos han permitido observar un ciclo de comportamiento que perpetúa el sufrimiento en lugar de ofrecer alivio.

En este sentido, los imperativos superyoicos, que se manifiestan en forma de normas sociales, expectativas y mandatos culturales, generan un espacio de presión sobre el sujeto que puede resultar paralizante. Estos imperativos no solo establecen lo que se considera deseable o exitoso, sino que también crean un sentido de culpa y ansiedad cuando el sujeto no puede cumplir con estos estándares. Esta situación produce un malestar generalizado, que se traduce en un aumento de la angustia, la depresión y la insatisfacción con la vida.

El malestar en la cultura se convierte así en un reflejo de la desconexión entre el sujeto y su entorno. En una sociedad que valora la productividad y el éxito por encima del bienestar emocional, el sujeto se enfrenta a un dilema constante: debe decidir entre seguir las pautas establecidas o buscar su propia autenticidad. Esta búsqueda puede resultar en un profundo conflicto interno, donde el deseo de conformarse choca con la necesidad de ser fiel a uno mismo.

A partir de esta reflexión, se torna crucial cuestionar las narrativas culturales que configuran nuestra realidad, donde cada vez se pide mayor productividad y de forma inmediata. Históricamente el sujeto estuvo atravesado por la cultura y su malestar -esto se debe a que- no hay sujeto sin un Otro. El problema es de qué forma -las normativas

culturales y su poder- afectan al sujeto. La cultura, el capitalismo, imponen formas de ser o hacer, pero ¿por qué es tan difícil tomar otro camino?

Muchas veces, la conservación de determinadas ideas, o la imposición de ciertas doctrinas políticas o religiosas refuerzan al máximo la resistencia frente al cambio, generándose repeticiones marcadas por la pulsión de muerte, las cuales de algún modo son naturalizadas como parte del destino. Precisamente, algunas situaciones como guerras étnicas, alentadas por oscuros intereses; tendencias terroristas que buscan ser justificadas en una búsqueda de venganza sin fin; el estado de desconfianza hacia el otro; la indiferencia hacia las peores torturas; el aumento de la marginalidad social, de la criminalidad, de la violencia extrema, etc., son las que permiten observar más notablemente la fuerza arrolladora de la pulsión de muerte. Es decir, su siniestra creatividad de tendencia a la desligadura. Ahora bien, en búsqueda de aquel destino prometido o en contra de caer en aquel destino sentenciado, es que se desata el desenfreno de la compulsión a la repetición, y de esta manera se interrumpe todo cuestionamiento que pudiera dar lugar a una reelaboración o transformación.

Según Freud, y como trabajamos a lo largo del escrito, la repetición se da como efecto de un trauma que, al no encontrar la posibilidad de representación y elaboración, reaparece y se actualiza en una vuelta hacia lo idéntico. Por ello el sujeto repite y repite, porque no da lugar a una elaboración de lo sucedido. Esto nos lleva a pensar que en una época en donde el Otro se encuentra desdibujado, en una época en donde se puede prescindir del Otro, este cortocircuito libra un plus de gozar, por lo que se observa un plus al exceso.

El hombre observa diferentes maniobras para evitar el displacer, y ahí mismo es donde se encuentra el malestar como inherente al sujeto. Por ello, las diferentes formas de enfrentarse a dicho malestar, como el amor, la religión, el delirio, la sublimación, son formas de paliar dicho sufrimiento.

En la actualidad, hay una marcada tendencia hacia una respuesta globalizadora, a un goce para todos por igual. Allí se plantea una inexistencia del Otro, en donde es justamente el consumo el que está ubicado como una respuesta al malestar.

Para finalizar, podemos pensar que, hay cultura porque hay un malestar irreductible, que no es más que la imposibilidad de una relación del sujeto con el Otro de manera plena, fracaso inherente por ser un sujeto hablante. Justamente, se trata de ir de la repetición a la representación, pero hay algo no representable: la pulsión de muerte. Este es el mayor obstáculo para la cultura. En un mundo donde el capitalismo se presenta como el mayor regulador, la pulsión de muerte viene a plantearse como un imposible, un obstáculo, ya que, nos viene a demostrar que la felicidad es solo episódica.

Aquí es donde encontramos un problema central: en la época actual, la felicidad se ve reflejada como “ser yo mismo”, “lograr tal objetivo”, “querer ser auténtico”. Pero como contracara, se encuentra un empuje, una exigencia, que produce malestar, que se traduce como “baja autoestima”, “no puedo ser yo mismo”, “es muy estresante ser auténtico”, etc., y, en definitiva, el sujeto tiene que hacerse cada vez más cargo de su definición.

Por lo tanto, la importancia clínica reside en que el destino del sujeto puede ser cambiado por la construcción de lo nuevo, es decir, de lo distinto, abriendo así nuevos caminos a la pulsión, en sus posibilidades de transformación. Y esto es posible, debido a que, si bien la pulsión de muerte se encuentra presente desde el inicio, y desde que nacemos -debido a la tendencia biológica del organismo- estamos destinados a morir. Junto a la pulsión de muerte, se encuentra la pulsión de vida, la cual es la encargada de neutralizar la anterior. En consecuencia, la vida para Freud es entendida como la mezcla pulsional entre ambas.

#### 4. Bibliografía

- Bassols, J. (2011) *La fuerza del lenguaje*. España: Alianza Editorial.
- Braunstein, N. (2006) *El goce, un concepto lacaniano*. México. Editorial: Siglo XXI.
- Castoriadis, C. (1983) *La institución imaginaria de la sociedad*. España: Tusquets.
- Chemama, R., y Bernard V. (2004) *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Corsi, P. (2002) *Aproximación preliminar al concepto de pulsión de muerte en Freud*. Revista Chilena de Neuropsiquiatría.
- Delgado, L. (2016) *Lucio, esclavo de Hispania*. México: Caligrama.
- Eidelsztein, A. (2009) *El psicoanálisis por venir*. Buenos Aires: Posgrado UBA.
- Freud, S. (1914) *Introducción del narcisismo*. En Obras completas, Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1915) *Trabajos sobre metapsicología: Pulsiones y destinos de pulsión*. En Obras completas, Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1920) *Más allá del principio de placer*. En Obras Completas, Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1923/2012) *El yo y el ello*. En Obras Completas, Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1930) *El Malestar en la cultura*. En Obras completas, Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1938/2013) *Compendio del Psicoanálisis*. En Obras Completas, Vol. XXIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1979) *El futuro de una ilusión*. Buenos Aires: Losada.
- Green, A. (2014) *¿Por qué las pulsiones de destrucción o de muerte?* Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Han, Byung-Chul (2016) *La sociedad del cansancio*. España: Herder.
- Klein, M. (1932/2015) *El psicoanálisis de niños*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J., (1953) *Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis*. Escritos 1. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1975) *La carta a los psicoanalistas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Laurent (2014) *Estamos todos locos. La salud mental que necesitamos*. España: RBA.
- Laplanche, J. (1973/2011) *Vida y muerte en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

- Laplanche, J. (1987/2011) *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Laplanche, J. & Pontalis, J. (1967/2015) *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Marty, P. (1963/2013) *La investigación psicosomática*. Madrid: Biblioteca nueva.
- Miller (2005) *Efectos terapéuticos rápidos*. España: Grupo Planeta (GBS).
- Naparstek, F. & Colaboradores (2008) *Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo*. Buenos Aires: Grama.
- Ons, C. (2010) *El tiempo de los héroes*. España: Editorial Planeta.
- Rodman, F.R. (1990) *El gesto espontáneo. Cartas escogidas. D. W. Winnicott*. Buenos Aires: Paidós.
- Roldán, J.P. (2006) *Consideraciones filosóficas sobre el amor a sí mismo en la obra de Freud*. Revista de Psicología, Universidad Católica Argentina (pp. 75-110).
- Roudinesco, E. (2015) *Freud en su tiempo y en el nuestro*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Rubinstein (2014) *Consulta, admisión y derivación*. Buenos Aires: Eudeba.
- Sotelo, I. (2005). *Tiempos de urgencia. Estrategias del sujeto, estrategias del analista*. Buenos Aires: JCE.
- Tarrab. M. (2003) *El psicoanálisis aplicado a las toxicomanías*. Buenos Aires: TyA.